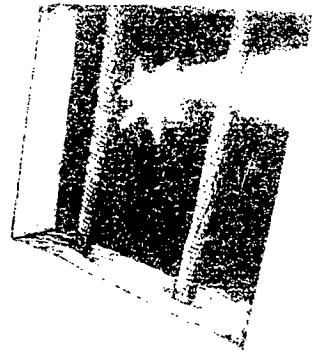


¿Se han apagado las estrellas?

En memoria de Tony De Mello

EDUARDO J. ORTIZ F.



Primero vi la noticia, escueta y escondida, en un rincón del periódico. "Congregación Vaticana condena a teólogo jesuita". Más tarde pude leer el texto completo, más matizado y explícito, de la Notificación y la Nota Ilustrativa sobre los escritos del Padre Anthony de Mello, publicadas por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

Mis primeros pensamientos y recuerdos fueron para el mismo Tony. Confieso que en sus visitas a Caracas tuve algunos de los encuentros que más me han impactado en la vida. Con cierta nostalgia y picardía, rememoro sus respuestas a un problema que para mí era en aquellos momentos muy importante: "¿Cómo te las arreglas para decir lo que piensas sin que te obliguen a callar?". Tengo ganas de volverlo a escuchar, y me da una gran alegría saber que este sinsabor le ha llegado en una dimensión donde ya nada de eso puede entristecerlo ni afectarlo.

Luego he pensado en tantas personas amigas que en los últimos años han alimentado su sed de transcendencia con sus concisos apólogos, y se han convertido en apóstoles de sus escritos, recomendándolos a todos los que en su entorno participan de sus mismas inquietudes y comparten esa sed de búsqueda

de un cristianismo exigente, profundo y adaptado a su sensibilidad. Imagino a varios de ellos desorientados, quizás hasta asustados, sin saber cómo calibrar lo que ha ocurrido ¿Pueden seguirse alimentando con sus libros? ¿Era falsa y engañosa la paz que sentían al escuchar las desconcertantes respuestas del maestro, siempre abiertas, apuntando soluciones sencillas y a la vez inalcanzables? ¿Han estado durante años refugiándose bajo la sombra refrescante de un árbol venenoso? ¿Qué van a hacer ahora?

Estas páginas tienen la intención de acompañar a esas personas. No buscan polemizar sobre claves de lectura, ni refutar algunos posibles malentendidos, que son consecuencia inevitable de todo lo que se escribe o se pronuncia ante auditorios multitudinarios.

La tónica de mi reflexión trata de explicar por qué sigue teniendo sentido el trabajo de Tony de Mello, cómo se puede aceptar comprensivamente la Notificación vaticana, y hasta cómo se pueden agradecer algunas de sus preocupaciones.

Claro que en toda discusión uno tiende a ponerse más cerca de alguna de las partes. Y en este caso hay muchas razones intelectuales y emocionales para estar junto a Tony de Mello.

CERCA Y LEJOS

Para percibir bien las cosas demasiado grandes, hay que contemplarlas desde lejos. Esta es la convicción que se filtra desde los primeros siglos en los escritores cristianos, cuando quieren hablar de Dios.

Inmersos en un mundo cultural y religioso donde la divinidad se había convertido en algo múltiple y disgregador, donde las mitologías describían a seres demasiado cercanos y semejantes a lo humano, tuvieron miedo de que la historia de Jesús de Nazaret se diluyera como una leyenda más en ese entrelazado de intrigas y pasiones. Por eso afirmaron desde un principio enfáticamente que Dios era uno e inabarcable. "Inefable y sin nombre", le llamará Justino hacia el año 150 en su Primera Apología.

Tony de Mello nunca escribió un tratado formal de teología dogmática. Se consideraba más libre, e iba más de acuerdo con su sensibilidad y su talento, al escribir apuntes de Espiritualidad, donde en retazos inconclusos y abiertos se avizoran pistas que ayuden a las personas a relacionarse con la trascen-

Tony De Mello, como todo buen predicador de la buena noticia, sintió algunas veces la necesidad de expresar en su entorno la misma verdad con otras palabras. No está en desacuerdo con las formulaciones anteriores, pero se desliga de ellas cuando se erigen en absolutas y lo constriñen

dencia, tan lejana como el infinito y tan cercana como un árbol o una flor.

Para eso, comenzó por constatar que la vida nunca puede quedar anclada en un punto, y que cada grupo humano y cada época necesita símbolos diferentes para expresar sus convicciones y orientar su vida.

Viviendo en una nación (la India) profundamente religiosa, donde los cristianos son una minoría, trató de escuchar y aprender de la sabiduría multiseccular de sus connacionales. Y como la luz y la verdad no respetan fronteras, resultó ser con los años fuente de inspiración para un occidente cansado de seguridades monocromáticas y verdades incontrovertibles defendidas a capa y espada.

No era el primero que abordaba tarea semejante. Muchos, antes que él, habían buscado un diálogo fructífero y constructivo entre oriente y occidente. De hecho, ya los primeros cristianos se vieron obligados a elaborar un arduo entendimiento, siempre tenso y precario, entre el etnocentrismo judío, el juridicismo romano y el helenismo platonizante.

Una de las épocas más creativas del cristianismo fueron precisamente los cinco primeros siglos de su historia. Allí se barajaron en ciclos interminables de propuestas y rechazos, aclamaciones y anatemas, concilios, conciliábulos y anticoncilios, expresiones y acuerdos que ni siquiera los mismos que las firmaban y propugnaban lograron interpretar siempre en el mismo sentido. La fórmula que ha quedado, una de las muchas que se manejaron en aquellos años con sentidos polifacéticos y ambigüedades inocultables para hablar de las relaciones entre el Dios Creador y Jesús de Nazaret, habla de una naturaleza y dos personas.

Lo que se quiere decir es que al hablar del Dios trascendente e inexpressable y de su revelación en un Jesús humano-divino (aquí se complican aún más los mismos términos al distinguir en Él una persona con dos naturalezas), se están afirmando dos realidades que son a la vez iguales y distintas. Porque en el momento en que lo inalcanzable se pone a la altura de la mano, deja de ser absoluto.

Para poner sólo unos ejemplos, el Dios que está más allá de nuestra comprensión no es judío, ni varón, ni súbdito del Imperio Romano. Y ya los antiguos condenaban como herejes con un nombre que parece maracucho (patripasianos) a quienes decían que Dios Padre murió con Jesús en la cruz.

Los Evangelios y los escritos posteriores del Nuevo Testamento, tienen buen cuidado de insistir en que Jesús regresa al Padre y nos abre un camino hacia Él; manifiesta a Dios pero no lo agota. Desafortunadamente, la necesidad ineludible de explicar esa relación misteriosa en términos más precisos, acabó por abortar otras muchas formas posibles de decir lo mismo en términos diferentes.

Tony De Mello, como todo buen predicador de la buena noticia, sintió algunas veces la necesidad de expresar en su entorno la misma verdad con otras palabras. No está en desacuerdo con las formulaciones anteriores, pero se desliga de ellas cuando se erigen en absolutas y lo constriñen. Porque hay declaraciones que en determinados contextos pierden vigencia no por falsas, sino por irrelevantes.

Platón y Aristóteles ocuparán siempre un puesto de honor en la historia de la filosofía. Pero hoy ningún pensador se limita a utilizar sus ideas y categorías para interpretar la realidad. Lo mismo podemos decir de Tales, Pitágoras o Arquímedes en el campo de la física y la matemática; o de Alejandro Magno, Julio César o Atila en el de la estrategia militar.

Y lo que decimos de las personas es aún más aplicable a los escritos o a las instituciones.

Todo venezolano adulto ha leído algunos de los escritos o frases fundamentales de Bolívar. Al hacerlo, puede admirar su visión y sentirse inspirado para trabajar por un país que aún no ha alcanzado muchos de los ideales plasmados en sus obras. Pero no intentará buscar en ellas fórmulas específicas que permitan sacar al país de la postración en la que hoy se encuentra. Algo semejante ocurre con las Sagradas Escrituras de cualquier religión. Son indispensables, pero al mismo tiempo insuficientes. No pueden decir todo sobre la existencia humana y mucho menos sobre Dios.

Con las instituciones eclesásticas ocurre algo parecido. La fe se expresa en comunidad y toda socialización conlleva, desde el primer momento, rangos, estratificaciones, diversidad de funciones y tareas, regulaciones y procedimientos. Pero las formas de organización son siempre relativas, caducas y reformables.

Tony de Mello no sólo fue un cristiano convencido y leal, sino que formó parte de una congregación religiosa hasta su muerte. Pero el ser miembro consecuente de una institución no le impidió alegrarse por toda la hermosura que pudo apreciar fuera de sus límites. Eso es lo que lo hace universal.

HERMANA NOTIFICACIÓN

Francisco de Asís, capaz de cantar al fuego y amansar lobos feroces, quizás habría aceptado una llamada de alerta de la Santa Inquisición, que comenzó a dar los primeros pasos en esa época, llamándola Hermana Notificación.

